

La Época, Santiago de Chile
7 de febrero de 1997

Eduardo Labarca

Machismo diplomático

El entronizamiento de Madeleine Albright, mujer de armas tomar, a la cabeza de la diplomacia del país más poderoso de la tierra, los EEUU, pone de relieve un hecho del que Chile parecería olímpicamente no haberse enterado: el creciente papel que vienen asumiendo las mujeres en la conducción de las relaciones internacionales. La flamante Secretaria de Estado designada por el presidente Clinton se suma a María Emma Mejía Vélez de Colombia, Tansu Ciller de Turquía y otras ministras de relaciones exteriores que hacen noticia diariamente.

Aunque el presidente Frei y el canciller Insulza han tenido que tratar muchas veces con diplomáticas del sexo opuesto, como la dinámica Secretaria de Estado de Austria Benita Ferrero-Waldner o la embajadora de Suecia Madeleine Stroje Wilkens, en lo que a Chile respecta las relaciones exteriores siguen siendo cosa de pantalones. Desde que vivo en Viena, donde tienen su sede importantes organismos de las Naciones Unidas, detrás del rótulo "CHILE" he visto invariablemente en las salas de sesiones un bloque cerrado de corbatas de seda y solapas oscuras.

Una decena de Estados están representados por embajadoras en las Naciones Unidas de Nueva York, y centenares de mujeres se desempeñan de embajadoras, encargadas de negocios, ministras consejeras, secretarias de embajada o cónsules en las capitales de los cinco continentes. En las conferencias internacionales resuenan las voces femeninas y el colorido de los vestidos de Chanel, saris de la India y túnicas africanas resalta en las bancadas de los delegados. Diplomáticas de maletín ejecutivo y teléfono portátil surcan los pasillos en las Naciones Unidas de Nueva York, el Palacio de las Naciones de Ginebra, el Centro Internacional de Viena.

Alguien podría pensar que el machismo crónico de la diplomacia chilena es un mal endémico de América Latina. ¡No! Desde hace décadas las mujeres participan destacadamente en la diplomacia latinoamericana. México, por ejemplo, está representado en Viena por la embajadora Roberta Lajous y un equipo de varias diplomáticas, Brasil ha tenido aquí de embajadora a Thereza Maria Machado y Bolivia de encargada de negocios a María Tamayo de Arnal. Las embajadas de Argentina, Colombia, Cuba, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Panamá, Paraguay y otros países

"latinos" siempre incluyen mujeres, mientras que Chile... anuncia tímidamente el próximo envío de la primera mujer a un puesto diplomático en Viena.

Por la irremediable masculinidad de nuestra diplomacia, tenemos el triste privilegio de alinearnos junto a las monarquías petroleras de Arabia Saudita y Kuwait y a países asiáticos como las dos Coreas y la propia China, y a la Federación de Rusia, heredera de la URSS. Hace diez años alguien me decía que era natural que una dictadura militar mandara sólo hombres a sus embajadas. Cuando asumió Aylwin, se me explicó que las leyes de amarre de Pinochet le impedían incorporar a la Cancillería el contingente de mujeres que hubiera deseado. Actualmente, bajo la presidencia de Frei, de cerca de noventa embajadores que tiene nuestro país, únicamente cinco –y no todas con destinos en el exterior– eran hasta el año pasado mujeres: Magdalena Balduzzi, Marcia Covarrubias, nuestra representante en la Organización Mundial del Comercio Carmen Luz Guarda, la embajadora en Honduras Carmen Lynam y Montserrat Palou, Directora de Asuntos Consulares de la Cancillería. Al menos, el canciller Insulza ha prometido aumentar la cuota de mujeres en la rotación de embajadores que se cocina en estos días...

En los foros internacionales Chile condena de boca la discriminación de la mujer y exige que las Naciones Unidas contraten más profesionales mujeres para compensar el actual desequilibrio de su burocracia, pero en nuestras embajadas la mujer sigue confinada al papel de funcionaria subalterna –secretaria, recepcionista, telefonista– o de... “esposa de diplomático”.

La esposa de un diplomático chileno debe acompañar al marido desde el comienzo de la carrera hasta la jubilación y ocuparse de la casa y de los hijos en las difíciles circunstancias de sucesivos países de destino. En capitales donde el costo de la vida es elevado, las esposas de diplomáticos jóvenes, cuyos sueldos están muy por debajo de lo que el público imagina, frecuentemente tienen que hacer todas las labores del hogar. A medida que el marido avanza en el escalafón, la situación de la familia mejora y crecen las responsabilidades de la esposa como anfitriona de agasajos y cenas en su casa, en las que, saboreando las exquisiteces que ella haya cocinado y al calor del scotch, el piscosauer y los vinos chilenos, su marido irá cultivando las sutiles relaciones personales que nuestra Cancillería necesita.

En Viena hasta hace algunos años en ciertas recepciones de la embajada de Chile se servían canapés, empanaditas y bocadillos preparados hasta último momento por las esposas de los diplomáticos, las que, cumplido su "trabajo"... debían retirarse antes de que llegaran los invitados. En las diversas capitales, las esposas de nuestros diplomáticos representan además con dignidad y eficacia a Chile en actividades para "damas", como es en Viena la venta de dulces, empanadas y vino chileno en el bazar anual de la Asociación de Mujeres de las Naciones Unidas.

Si en los períodos de permanencia en Chile la esposa de un diplomático puede, al menos teóricamente, ejercer una profesión y cultivar sus inquietudes, llegada a un país extranjero sus

expectativas de desarrollo personal se reducen prácticamente a cero. Normas escritas y tácitas impiden generalmente a la esposa de un diplomático trabajar en el país donde su marido se encuentra acreditado. Incluso la realización de estudios universitarios o de postgrado en ese país se torna para ella sumamente problemática debido a la duración limitada de la misión, a las responsabilidades del hogar y a que, en definitiva, lo que nuestra Cancillería, el embajador y el marido esperan de ella es que se desempeñe exclusivamente como relacionadora social y ama de casa. En cambio, Japón, Finlandia y otros países remuneran hoy el trabajo del cónyuge de un embajador o embajadora, y algunos comienzan a reconocer el derecho a jubilación de la esposa o del esposo que acompaña, a veces a lo largo de toda una vida, al cónyuge diplomático.

Entre las razones de la exclusión casi absoluta de las mujeres de nuestro servicio diplomático suele mencionarse la disposición legal que prohibía que marido y mujer pertenecieran a la carrera simultáneamente, lo que ha provocado continuos retiros prematuros –el hilo se corta por lo más delgado– entre las escasas mujeres que ingresan a la Academia Andrés Bello y al escalafón diplomático de la Cancillería. Nuestros prejuicios también han jugado su papel: pocos hombres chilenos parecen dispuestos a acompañar de consortes por diversos continentes a una esposa diplomática.

En el mundo se reconoce hoy que además de un imperativo de justicia, la participación de mujeres en la diplomacia es necesaria debido al aporte invaluable que la mentalidad y la sensibilidad femeninas pueden hacer a las relaciones internacionales. No en vano el documento más visionario producido por las Naciones Unidas en muchas décadas, el llamado Informe sobre el Desarrollo Sostenible, fue elaborado en 1987 por una mujer: la primera ministra de Noruega Gro Harlem Brundtland.

Con la incorporación de mujeres chilenas a los diversos niveles de la carrera diplomática, nuestro país sólo podría salir ganando. Pero ello requerirá un profundo cambio de mentalidad en la Cancillería y en el Gobierno, y sobre todo decisión política para que los anunciados nombramientos de embajadoras se efectúen realmente.